

ARTÍCULO

LA POLÍTICA EXTERIOR DE EU Y EL MAPEO DEL MUNDO: DE MURALLAS INSULARES

Dr. José Luis Valdés-Ugalde

*Director del Centro de Investigaciones sobre América del Norte
(CISAN), Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)*

jvaldes@servidor.unam.mx

LA POLÍTICA EXTERIOR DE EU Y EL MAPEO DEL MUNDO: DE MURALLAS INSULARES

Resumen:

La política migratoria insular que ha adoptado Estados Unidos no es resultado de elaboraciones recientes, sino que proviene de una cultura política que si bien está basada en el pragmatismo característico estadounidense, también se apoya en los fundamentos geopolíticos que lo erigen como país dominante y que han estructurado las estrategias de contención. En este sentido, la geografía ha sido el componente determinante en la política exterior de los Estados Unidos por su condición de permanente y por el papel que desempeña al delinear las dinámicas de interacción internacional. Es aquí en donde el concepto de mapeo resulta relevante porque encierra esa dinámica de reconfiguración constante de la territorialidad de acuerdo al contexto internacional coyuntural.

La idea de la excepcionalidad estadounidense (*The American way*) no radica únicamente en la misión histórica que ha asumido como "guardián del mundo", sino también en la imagen de nación que tienen de sí mismos, manifiesta en la cultura política, y, para los fines de este artículo, en el concepto de Estados Unidos como poder insular de tamaño continental. Un poder que ha predominado en los asuntos del mundo, con un revestimiento de soledad y autonomía que ciertamente le permiten cumplir con sus metas políticas e imponer sus agendas, pero que derivan de manera recurrente en la intensificación de la defensa del interés nacional y la obsesión con garantizar la seguridad nacional, evidente en la guerra preventiva y las murallas anti inmigrantes.

Palabras clave: Geopolítica, insularidad, camino Americano, mapeo

US FOREIGN POLICY AND THE MAPPING OF THE WORLD: BY INSULAR WALLS

Abstract:

The insular immigration policy that the United States has adopted is not the result of modern elaborations, it comes from the political culture based on the American characteristic pragmatism, but it also relies on the foundations of its own geopolitics that have structured the strategies of containment and that allow the US to emerge as a dominant power. In this sense, the US geography has been the fundamental component in the configuration of its foreign policy owing to the implications of its permanent condition and the role it performs in the outline of the international relations dynamics. Hence, the concept of mapping becomes relevant since it encloses the continuous reconfiguration process of the territoriality according to the current international context.

The American exceptionalism, expressed in the so called *American Way* relies on the historical mission that the US has assumed as the "world watchdog"; the image of nation that the American people has of themselves, articulated in the political culture and, for the purpose of the article, in the concept of the United States as an insular power of continental dimensions. A power that has dominated the international affairs, under a facade of loneliness and autonomy that certainly allows the US to reach its political goals and impose its agendas, but at the same time, derives constantly on the escalation of the defense of the national interest, and the obsession with guaranteeing the national security, evident in the pre-emptive war and the border wall

Keywords: Geopolitics, isolationism, American way, mapping

Inicio

A propósito de las varias murallas anti inmigrantes que Estados Unidos pretende edificar para proteger su seguridad nacional y que en todo caso, han impactado desfavorablemente su relación con México y otros países latinoamericanos, son pertinentes algunas reflexiones acerca de la historia de la cultura política estadounidense, la cual se ha gestado a la luz de fundamentos ideológicos y, para fines del presente artículo, de los fundamentos geopolíticos que dan origen al poder de ese país como nación dominante, concepto ubicado en el marco de una red de relaciones interdependientes asimétricas.

Primeramente, hay que decir que un poder dominante como Estados Unidos nunca ha arriesgado la conservación de una zona estratégica de dominación sujetándose a una política *fija* (de ahí la necesidad de sacrificar una política racional), sino todo lo contrario: un comportamiento obvio, apegado a su condición dominante, es el de tener un libre y gran margen de acción como respuesta a lo que pudiera ocurrir en su entorno exterior inmediato. La condición anterior es el mejor antecedente para comprender las razones fundamentales de la política de esa nación y, por lo tanto, para imponer las circunstancias y procedimientos que la hagan posible. Éste ha sido, en principio, el marco de referencia que Estados Unidos ha usado históricamente para proyectar sus políticas de dominación en la región.

El resultado inmediato de esta política de desorden ha sido la falta de coherencia para lograr los intereses generales o *la falta de política* para ejecutar el principio geopolítico más importante, a saber: una política pragmática, aunque seria y sistemática, pensada para dar soluciones idóneas tanto en el contexto de circunstancias normales como en las críticas, o una combinación de ambas. La consecuencia directa de esto ha sido que Estados Unidos se ha convertido en una nación que recurre persistentemente a las estrategias de contención ante las amenazas a su seguridad.

Mapear el mundo

El planteamiento anterior se explica a partir de los siguientes elementos: primero, *el mapeo* del mundo, en términos de la estrategia general de Estados Unidos después de la segunda guerra mundial; segundo, su esfera de influencia en América Latina; y tercero, si existe o no una conexión entre la contención y las prioridades geográficas. En este sentido, considero que Estados Unidos adquirió de suyo una posición de fuerza en América Latina (Ambrose, 1991: nota 44) a partir de los postulados filosóficos y estratégicos de la contención. Lo anterior ha influido de manera significativa en la *naturaleza* del involucramiento de la gran potencia y la consecuente evolución de los acontecimientos que han ocurrido en la región.

Indudablemente, mucho de este planteamiento debe explicarse a la luz de su carácter nacional, y por tanto, a la luz de la concepción que tiene el pueblo estadounidense sobre esa región del mundo vecina de su país. Sin embargo, se debe decir que gran parte de la percepción de Estados Unidos sobre el mundo externo se funda en el amplio espectro de condiciones físicas y materiales que lo rodean (Hunt, 1987). Una de esas condiciones esenciales es la geografía. Propongo que sin la geografía y la asociación política que se ha hecho desde ella, no podría comprenderse un componente importante de su historia: la de su condición geopolítica (Sloan, 1988: ix) que evidencia un aislamiento geográfico histórico de los escenarios tradicionales de conflicto y la lejanía categórica con el resto del continente. Ahora bien, Estados Unidos no está solo en términos de su importancia geopolítica. Sobre asuntos como la geografía, el prejuicio, etc., Estados Unidos probablemente no sea mejor ni tampoco peor que la mayoría de las naciones, especialmente las potencias. Sin embargo, una diferencia sustancial puede subrayarse: esta realidad geopolítica predominante ocurre (contrario a la Rusia zarista o la España imperial) en tiempos tecnológicamente avanzados: hoy el despliegue nuclear puede hacer la diferencia entre la destrucción total o parcial.

Por consiguiente, en la formulación de las estrategias geopolíticas de Estados Unidos lo más importante es subrayar que “el predominio político es una cuestión no sólo de tener poder en el sentido de recursos, sino también de la estructura del ámbito dentro del que se ejerce ese poder”; [en casi] “todas las transacciones internacionales que se refieren a algún elemento de oposición, resistencia, lucha o conflicto, los factores de localización, espacio y distancia entre las partes que interactúan, han sido variables significativas” (Sloan: *Ibid*).

Al discutir sobre geografía y asuntos internacionales, Colin S. Gray argumenta que “la geografía es el factor fundamental en la política exterior de los Estados porque es la más permanente” (Gray, 1977:1). En este proceso es relevante advertir que aunque la perspectiva geográfica es de alguna manera inevitable, cuando se trata de formular y entender cualquier tipo de política en el nivel regional o global, la planeación geoestratégica o geográfica no sólo es importante por su estabilidad relativa (su “condición permanente” de acuerdo con Gray), sino también –como argumentan Starr y Siverson— por “su papel en delinear las dinámicas de oportunidades y riesgos” (Starr y Siverson, Julio 1990: 237).

Más aún, cuando se trata de la formulación de determinadas políticas internacionales, son ineludibles las complejas premisas geográficas y políticas en el proceso de obtención de ventajas relativas. Éste es claramente el caso cuando se habla de la formulación de políticas de poder y de actores poderosos que parecen estar destinados a tener algún tipo de atracción por todo lo que es *potencialmente conquistable*. Esto último parece ser lo que ocurre con la mayoría de los “grandes poderes” que han sido capaces de articular su tiempo geográfico o físico con su oportunidad histórica dentro de algún tipo de marco discursivo y de acción, en tanto vía para adquirir los medios de dominación y control, ya que esto es una prioridad central para garantizar sus objetivos de política exterior (Kennedy, 1987). En este sentido, O’Sullivan nos recuerda que “si estamos dispuestos a hacer insensatamente conjeturas simples acerca de los objetivos de política exterior, entonces es posible que produzcamos una primera y vulgar aproximación acerca del comportamiento político, en un modo ya sea determinista o probabilístico. La esencia del Estado es la territorialidad, y el centro de la competencia internacional es el control del territorio. [Al mismo tiempo] las imágenes geográficas de la política mundial [...] son importantes no porque expliquen la realidad objetivamente, sino porque interpretan o expresan las intenciones de determinadas posiciones de poder” (O’Sullivan, 1986: 24).

Es importante tener en cuenta que en la definición de la ganancia relativa que existe detrás de cualquier proceso de incremento y obtención de poder de cualquier actor, la esfera contextual de esta dinámica de ningún modo está separada de la esfera de los contenidos. Contexto y contenido son dos piezas de una misma estrategia que siempre es dinámica y cambiante. En este sentido, el contexto tiene sus propios medios para ser una fuerza duradera en el proceso de definición de cualquier estrategia geopolítica, en la medida que “no es estática” (Starr y Siverson, Julio 1990: 236). En el ámbito internacional, la geografía es, de acuerdo con Starr y Siverson (Julio 1990, 236), “un componente del contexto geopolítico internacional. El proceso de *mapeo* debe verse como una dinámica en la cual el espacio es un factor contingente, en donde la territorialidad está en constante movimiento [...] Para decirlo simplemente, hay una dinámica constante en la configuración y reconfiguración del espacio dentro del contexto de las relaciones internacionales” (Kirby, 1986: 187-192).

Esta idea se explica y se conecta con el tema del contenido, en términos más generales, por las agudas aserciones de Goertz: “[...] Hablamos de teoría contextual cuando la relación entre las variables no es sólo aditiva, sino cuando la importancia de los efectos de las diferentes variables es teorizada para que sean diferentes en diferentes ambientes” (Goertz, 1989: 5).

No fue sino hasta el siglo XIX, cuando se formularon las ideas geopolíticas modernas, que fue posible distinguir la especificidad de las necesidades de cada país y su resolución por el control político. Estados Unidos obtuvo este último a través del uso de lo que Gray llama el "American way" (el camino americano), (Gray, 1977: 43) y que encuentra resonancia en el ejercicio de su misión como "guardián del mundo", todo lo cual ha sido expresado a través de la ejecución del Destino Manifiesto y la Doctrina Monroe.

En tanto que un "mundo hacia sí mismo", tanto en términos geográficos como políticos, Estados Unidos podía medir el grado y la dimensión de las "oportunidades y riesgos" que debía enfrentar en su papel histórico como poder mundial del siglo XX. Como resultado de esto y de su habilidad para dirigir alianzas e intervenir en los conflictos del planeta, Estados Unidos fue capaz de convertirse en el "guardián del mundo" (Gray, 1977: 56); un guardián capaz de producir no sólo la noción, sino también la necesidad de un orden pensado para definir eventos y estrategias en los asuntos mundiales. Es por ello que las características culturales del pueblo estadounidense están íntimamente conectadas con las realidades de la expansión neo-imperial y con la necesidad intrínseca de realizar el sueño americano, de alcanzar lo que parecía ser la misión de cada generación: la grandeza nacional en nombre del destino (Gray, 1977: 43). Como muestra del impacto de esta misión, Juan Bosch, el presidente depuesto de República Dominicana, definió al Caribe como una "frontera imperial" (Giro et al., 1987). En concordancia con la idea anterior, la obtención de ventajas geográficas, a la luz del mapa del mundo que la naciente potencia buscaba trazar, tenía mucho que ver con la naturaleza esencial de ese país. La necesidad de expansión expresaba una característica fundamental de su cultura política; o, para usar las ideas de Gray a este respecto, "la geopolítica [...] abarca factores culturales y humanos, así como las estadísticas de las dimensiones territoriales, accidentes geográficos, bienes económicos, distancias" (Gray, 1977:43).

Concebida en forma amplia, la geografía dirige y representa los rasgos culturales que definen la percepción misma del papel histórico de Estados Unidos en el mundo. La imagen de la nación fue en gran medida determinada por la visión del pueblo (pero más especialmente por la elite política), como resultado de las condiciones físicas presentes en la creación de su cultura nacional. Gray lo expresa como sigue: "el comportamiento político de un país es el reflejo de su historia; y la historia de ese país es, en gran parte (aunque en realidad, no totalmente), producto de su asentamiento geográfico." (Gray, 1977:43).

El American Way

Así, Estados Unidos creó sus propios mecanismos de control político en el ámbito internacional a través del pleno ejercicio del mencionado "American way". Es decir, las necesidades específicas de esa potencia de elaborar el mapa del mundo y contar con una configuración geopolítica favorable provienen fundamentalmente de la necesidad inherente e histórica de interactuar con el resto del globo al tiempo que proyecta lo que este país considera que es su condición de *unicidad*: la noción de que Estados Unidos no es un "país ordinario" (Gray, 1977: 54).

Todo esto ocurre en el proceso mismo de la toma de decisiones de Estados Unidos, al instituirse como agente externo pero omnipresente y dominante con facultades autoconferidas para ejercer su designio divino. En este sentido, de acuerdo con Gray, se debe a "su geografía que Estados Unidos tenga una perspectiva insular de las relaciones internacionales; asimismo, se trata de un poder insular de tamaño continental. Tanto psicológicamente como en términos de logística militar, sus distancias oceánicas tradicionalmente protectoras han sido suficientes para retener una importancia estratégica mayor." (Gray, 1977: 45) Más aún, "[...] el concepto de América del Norte como parte de una cadena de poderes insulares distantes del Heartland se vuelve ahora un mito geográfico. En términos de la geografía aérea, el Heartland y América del Norte aparecen en proximidad cargada de destino. Visto por arriba de la cima del mundo, el Heartland asume una ubicación diferente de aquella que le asignó Mackinder, trazándolo desde Gran Bretaña y teniendo primero en mente los destinos de Gran Bretaña [...] visto desde Norteamérica y

en términos de nuevas comunicaciones que se estiran desde muchos puntos en la extensa línea 'perímetro de defensa', la inaccesibilidad y lo vasto no nos ocultan al Heartland. Ya no se encuentra detrás de una pared impenetrable de aislamiento" (Weigert, 1957: 217). Esta cita parece referirse a la llegada de las armas nucleares y en particular al poder aéreo de largo alcance (icbms). En el contexto interamericano esta cuestión fue crucial a la luz de la colocación en 1962 de misiles soviéticos de alcance medio en Cuba, a 90 millas de Florida.

George Kennan, si bien no explícitamente, desarrolló en plena Guerra Fría un argumento geopolítico exhaustivo. Por ejemplo, en 1954, en una serie de ponencias realizadas en Princeton, dijo, "el primer hecho sobre el cual me gustaría llamar la atención es geopolítico, importante para todo el pensamiento sobre el problema soviético [...] nuestra comunidad norteamericana constituye un centro de fuerza industrial militar. Sólo hay unos cuantos más en el mundo. Todos están en el hemisferio norte. Dos de ellos, Inglaterra y Japón, están fuera de las costas del gran euroasiático continente y pertenecen a la porción insular y marítima del globo de la cual nosotros los americanos también somos parte. Los otros dos se asientan en el interior del territorio euroasiático. Uno de ellos fue construido por Alemania [...] El otro está representado por la propia Unión Soviética [...] Repito, en ninguna parte fuera de estas cinco áreas se puede producir hoy una fuerza militar industrial en el mundo a lo que podríamos llamar gran escala" (Kennan, 1954: 63-64).

Es más, el pasado y el presente convergen en la fusión que dio origen al "nuevo mundo". Angloamérica e Iberoamérica tienen sus raíces en una isla y en una península, respectivamente. Mientras la primera dio vida a la más fuerte economía continental de la época moderna y al ejercicio relativamente absoluto de un poder insular, la última originó sociedades con una propensión absoluta a la insularidad, aunque se trató de una experiencia que devino progresivamente en un aislamiento con un perfil subordinado. Se debe subrayar la excentricidad de este hecho, pues el *ethos* presente en las raíces de ambas sociedades ha marcado el camino del desarrollo desde el periodo colonial hasta nuestros días.

La soledad y el poder

Por consiguiente, la dimensión del poder de Estados Unidos y su posterior predominio en los asuntos del mundo se va a reflejar significativamente en una medida similar de alejamiento. Victoria y derrota (como lo demostró la guerra de Vietnam), sin tomar en cuenta sus diferencias históricas cualitativas, eran dos resultados de una misma condición. El Estados Unidos moderno no era un país particular ordinario, sino uno situado en una condición de poder ilimitado y de relativa soledad, en virtud de la cual esta nación iba a estar dotada con los instrumentos -y la autonomía- para garantizar su seguridad nacional y llevar adelante la defensa de su interés nacional a cualquier costo. Al mismo tiempo, esta condición insular moderna le aseguró a Washington la incomparable oportunidad de cumplir con sus metas de política exterior sin depender de compromisos descontrolados con los aliados de Occidente: Estados Unidos estaba sólo en su proyecto de dominación, pero también viajó acompañado de cualquiera que considerara aceptable y decisivo para obtener resultados favorables. Es importante subrayar que una de las peculiaridades de Estados Unidos como Gran Poder ha sido que esta condición histórica de "predominancia solitaria" ha producido diferentes tipos de resultados, y el más notable ha sido una obsesión temeraria por asegurar, en el extranjero, los espacios para la imposición de sus proyectos inmediatos y de largo plazo en el mundo.

Según Louis Hartz (1991: 284, 305-306), "no sólo se nos ha dicho que nuestra historia nos provee de una 'propuesta americana' aplicable a todos los países del este y del oeste, del norte y el sur; en todo caso, es la ausencia de una revolución social lo que está en el corazón de todo el dilema americano. Esto no sólo provoca la calidad del pensamiento absoluto estadounidense —Locke nunca ha sido contrastado con Filmer, y por tanto nunca con Marx —, sino que en toda una serie de formas específicas esto entra en nuestra dificultad de comunicación con el mundo [...] Ninguna insularidad en el mundo occidental, ni siquiera la inglesa, ha sido tan aguda como la americana: ningún involucramiento internacional, otra vez, ni siquiera el inglés, ha sido tan profundo" (Hartz, 1991: 284, 305-306).

Conclusiones

En este y el pasado siglo, Estados Unidos ha sido congruente con sus orígenes expansionistas. Su carácter de gran potencia se ha distinguido por tener rasgos culturales específicos que le son propios a esta nación, así como lo fueron para otras grandes potencias en el pasado. Se trata de un país que creó instrumentos que hicieron viable la consumación de doctrinas con miras a lograr una influencia dominante en las esferas global y regional, tales como el Destino Manifiesto y la Doctrina Monroe. Este proceso estuvo acompañado también de un alto grado de aislamiento y relativa soledad en el ejercicio de su poder dominante. Esta no ha sido la excepción en el contexto de sus relaciones fronterizas cercanas. Es así, que en este punto la frontera México-Estados Unidos hoy se sumerge en tiempos que son marcados por discursos y necesidades nacionales y se convierte en el espacio integrador, y muchas veces disruptivo de una interacción inevitable entre dos o más sociedades y estados que diseñan sus propias estrategias y definen discursos propios. De lo que no cabe duda es que, como en tiempos pasados, Estados Unidos cuando confronta coyunturas críticas, tal y como es el caso de la crisis de seguridad que encara en su actual inserción en la precaria modernidad del nuevo siglo —inestable por las amenazas a la seguridad y por la propia dominación que la potencia ejerce—, reproduce los mismos rasgos que lo caracterizaron durante la etapa de Guerra Fría. En un contexto de guerra preventiva contra la amenaza del terrorismo y todo lo que se le parezca, Washington recurre, no sólo a un discurso guerrerista, sino también a una visión de su entorno que roza la insularidad que ha distinguido a este país en los varios momentos de su política internacional.

Bibliografía:

AMBROSE, Stephen E. *Rise to Globalism: American Foreign Policy since 1938*. New York: Penguin Books, 1991.

GIROT, Pascal y Eleonore Kofman. (eds) *International Geopolitical Analysis*. Londres y New York: Croom Helm, 1987.

GOERTZ, Gary. *Contextual Theories and Indicators in World Politics*. Ginebra, 1989.

GRAY, Colin S. *The Geopolitics of the Nuclear Era: Heatlands, Rimlands and the Technological Revolution*. New York: Crane Russak & Co, 1977.

HARTZ, Louis. *The Liberal Tradition in America*. Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1991.

HUNT, Michael H. "The Perils of Revolution" en: *Ideology and US Foreign Policy*. New Haven & London: Yale University Press, 1987.

KENNAN, George. *Realities of American Foreign Policy*. Londres: Oxford University Press, 1954.

KENNEDY, Paul. *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*. Londres: Unwin Hyman, 1987

KIRBY, A. "Where's the Theory?" (Review Essay) *Political Geography Quarterly* 5, 1986.

O'SULLIVAN, Patrick. *Geopolitics*. Londres: Croom Helm, 1986.

SLOAN, Geoffrey R. *Geopolitics in United States Strategic Policy, 1890-1987*. Brighton: Wheatsheaf, 1988.

STARR, H y R. Siverson. "Alliances and Geopolitics". *Political Geography Quarterly*, Vol. 9, No. 3, Julio de 1990.

WEIGERT, Hans W. *Principles of Political Geography*. New York: Appleton Century Crofts, 1957.